

MEDIO SIGLO DE ORO

No sé si a todos, técnicos y público medio, convencerá el sistema de los dualismos desarrollado hasta lo implacable por Guillermo Díaz-Plaja en su apasionante obra *Modernismo frente a Noventa y Ocho*. El dualismo o, mejor, el duelo, en este caso, ya se anuncia en el título. Aunque las dos inquietudes colectivas, culturales y literarias, más significativas de los tiempos modernos hayan llegado a ser consideradas como efectos de un mismo cambio de frente, preciso es reconocer en ambas posturas diferentes sentidos y calidades: existe entre ellas incomprensión, odio, hostilidad; están sin duda en el mismo plano, pero frente a frente. El título de Díaz-Plaja no puede ser más exacto.

Por lo pronto la impresión que aquel vigoroso sistema ibérico espiritual de las mentes noventayochistas, ya definidas por la perspectiva cronológica, produce en todos es sencillamente sobrecogedora. No así, la de la pléyade modernista, cuya huella vibra sólo, con perdurabilidad, eso sí, en las zonas de la emoción. Desde un principio, por consiguiente, al analizar el problema, se establece en nuestra apreciación una jerarquización de valores. Aquellas dos generaciones responden a postulados distintos: la generación modernista representa una simple modalidad literaria y estética; la generación noventayochista está llena de profundo sentido científico, político y ético.

He aquí los dos polos en cuyo derredor gira una de las realidades más dilatadas de la España contemporánea. Esta realidad es la única solución, la única resultante de aquellas dos fuerzas. Pero encierra en sí mil grados distintos, mil resonancias independientes y aún contradictorias. A la función ética y a la función estética hay que subordinar, sin embargo, todos los valores y reacciones que acusan el Noventa y Ocho y el Modernismo: todo el sistema de dualismos, en suma, en que sustenta Díaz-Plaja su tesis, opuesta, por otro lado, en muchos aspectos a la de Salinas.

Claro es que esta repartición en el tema de las generaciones, como ocurre en toda clasificación similar, no puede tomarse al pie de la letra: no carece de vulnerabilidad ni de posibilidad de alianzas. El problema ético no puede desentenderse del problema estético. En otras palabras,

frente al arte vivo surge siempre, con su fabulosa verdad, el hombre vivo. Si al examinar hondamente el Noventa y Ocho y el Modernismo, creemos haber llegado—como dice Marañón, prolongando a Díaz-Plaja—«a zonas en las que se presiente una raíz común», es porque se ha apoderado de nosotros el sentimiento de una unidad originaria: el fenómeno obedece a la misma ley biológica según la cual ningún ser humano tiene, en ninguno de sus aspectos, «un sentido exclusivamente femenino ni masculino puesto que todos salimos del mismo molde bisexual». La doctrina gramatical, en definitiva, de la contaminación adquiere en la vida misma su más riguroso sentido. La exclusión absoluta, como la absoluta pureza, cae fuera de la órbita humana.

Las diferencias, inspiradas en la clave generacional de Julius Petersen, pertenecen, más que a la esencia de las actitudes, a sus aspectos, a sus interpretaciones, a sus resultados. El Noventa y Ocho, cuajado de figuras absorbentes, de maestros y oráculos, presentes en la mente de todos, crea, en primer lugar, una atmósfera sociológica y positivista, concibe una poesía medular, mística, como parte de nuestra sustancia, se recluye en la profunda castellanidad de su irritada melancolía, define el lenguaje como mero vehículo de la inteligencia, adopta un signo preferentemente viril, activo, de brecha y trinchera; en cambio, los modernistas de 1902, rendidos desde su torre de marfil al culto de la belleza, inauguran el reinado del idealismo y de la armonía, inventan una lengua artificial, melodiosa, preciosista, minoritaria, de intención estética, se abandonan a la plácida actitud femínea, a la indolencia mental, a la sensibilidad mediterránea. No se trata, claro está, de suscitar preferencias o críticas, sino simplemente de comprobar hechos.

Las antítesis podrían multiplicarse hasta llevar la diferenciación a límites extremos. La interpretación dualista a que somete Díaz-Plaja a Noventa y Ocho y Modernismo para explicar un período capital de las letras españolas, aproximadamente entre 1875 y 1925, llega a producir la sensación de dos platillos de balanza en que se acumulan y barajan objetos y pesos de desigual valor, fortuna y origen. Si todo en principio se presentaba confuso y turbio, la tarea discriminadora, aunque nos duela a veces, ha conseguido fijar y definir los perfiles necesarios obteniendo con ello una riqueza insospechada de contenido, de formas y de sugerencias.

Llega un momento, sin embargo, en que imaginamos que se ha establecido el equilibrio entre las dos categorías generacionales. A la estructura bronca, recia, perdurable e inconfundible de la generación del Noventa y Ocho, responde el movimiento modernista con sus extraordinarios poetas, capaces por sí solos de eternizar una literatura. ¿Ha sido posible un concierto, un común plano de contacto, y todo,

entonces, se reducía a un juego de equivalencias? No. Si existe, en apariencia, equilibrio, es debido únicamente a que aquel período, saturado por las dos denominaciones de Noventa y Ocho y de Modernismo, representa en conjunto un auténtico medio siglo de oro. He aquí la verdadera tarea común a la que ambos aportaron toda la probidad de sus valores individuales y de sus diferencias específicas.

MIGUEL DOLÇ